

Delante de la puerta de la ciudad, cerrada todavía, lo cual nos hizo aguardar dos horas, estaba el suelo sembrado de gente dormida que roncaba en todos los tonos posibles, porque la calle es la única alcoba donde no haya bichos, y para entrar en otra se necesita toda la resignación de un *fakir* de la India. Al fin se abrió la endemoniada puerta y volvimos á tomar el camino por donde habíamos ido á Toledo.

X

Procesión del Corpus en Madrid.—Aranjuez.—Ocaña.—Tembleque.—Manzanares.—La Carolina.—Bailén.—Jaén.—Granada.—La Alameda.—La Alhambra.—El Generalife.—El Albaicín.—Los gitanos.—La Cartuja.—Mulhacen.

Teníamos que pasar por Madrid para ir á Granada, porque si esperábamos la diligencia en Aranjuez nos exponíamos á encontrarla llena.

Nuestro guía había tenido la previsión de hacer salir la víspera por la noche una mula que debía esperarnos á mitad de camino, para relevar á la enganchada á nuestro coche, y á no ser por esa precaución no habríamos podido llegar en el día á Madrid por el intolerable calor de aquella carretera polvorienta y sin sombra.

Llegamos á Illescas medio cocidos y deseando acabar aquel camino, que no tenía más novedad para nosotros que la de recorrerlo en sentido inverso.

Mi compañero se echó á dormir, y yo, más familiarizado con la cocina española, me apercibí á disputar mi comida á innumerables enjambres de moscas. La hija de la mesonera, linda niña de doce ó trece años, de ojos árabes, estaba de pie junto á mí, espantando, con un abanico en una mano y un plumero en la otra, á los importunos insectos, que volvían á la carga más tenaces y ruidosos que

nunca cada vez que la muchacha detenía el movimiento de las manos. Con tal auxilio pude tragar algunos bocados, y cuando se me apaciguó algo el apetito, entablé con la chica un diálogo que mi ignorancia del español hacía muy limitado. Gracias, sin embargo, á mi diccionario diamante logré sostener una conversación bastante pasadera para un extranjero. Dijome la joven que sabía escribir y leer y que además tocaba regularmente la pandereta. Roguéle que me diera pruebas de su habilidad, á lo cual accedió gustosa, con detrimento del sueño de mi compañero, que acabó por despertarse al ruido de las sonajas y al sordo rumor del parche herido por el pulgar de la tocadora.

Enganchada la mula de refresco, hubo que emprender la marcha, y realmente se necesitaba valor para dejar, con un calor de treinta grados, la posada donde se contemplan hileras de jarras y alcarrazas. Beber agua es una voluptuosidad que sólo he conocido en España: verdad es que aquel líquido es allí claro, delgado y de un sabor exquisito. La prohibición de beber vino, impuesta á los mahometanos, es la más fácil de obedecer en esos climas.

Llegamos á Madrid á las cinco de la tarde, y no vimos otra cosa nueva que la procesión del Corpus, la cual ha perdido mucho de su antiguo esplendor con la supresión de los conventos y de las órdenes religiosas, pero aun tiene solemnidad la ceremonia. Toldos de lona, tendidos entre ambas aceras, dan sombra y frescura á las calles; los balcones lucen colgaduras y están llenos de mujeres bonitas y elegantemente vestidas. El perpetuo movimiento de los abanicos que se abren, se cierran, palpitan y revolotean como mariposas; las miradas que se envían de un balcón á otro las personas

que se reconocen; los graciosos saludos con que corresponden las señoras á los caballeros; la pintoresca muchedumbre, donde hay gallegos, pasiegas, valencianos y manolas, todo aquello constituye un espectáculo de una animación y alegría encantadoras. Los niños de la Inclusa, con uniforme azul, son los que abren la marcha, y en aquella larga fila de niños pocos vimos que fueran guapos; al mismo Himeneo, con toda su indiferencia conyugal, le costaría trabajo hacer algo más feo que aquellos hijos del amor. Después van los pendones de las parroquias, el clero, las urnas de plata, y bajo un palio de tela de oro el *Corpus Dei*, en un sol de diamantes de irresistibles fulgores.

La proverbial devoción de los españoles se me figuró muy decaída. Lo más que hacían los hombres al acercarse el palio, era llevarse la mano al ala del sombrero. La España católica ya no existe. La Península tiene ahora las ideas volterianas y liberales sobre el feudalismo, el fanatismo y la Inquisición.

Ya no podíamos aguantar á Madrid, y se nos figuraron dos siglos los dos días que tuvimos que pasar allí. Soñábamos con naranjales, limoneros, cachuchas, castañuelas y trajes pintorescos, porque todo el mundo nos contaba maravillas de Andalucía, con esa baladronada enfática que domina á los españoles, como á los gascones en Francia.

Llegó el anhelado momento, porque todo llega, hasta el día que se desea, y nos metimos en una diligencia muy cómoda, tirada por muchas mulas esquiladas, relucientes y vigorosas, que iban á escape. Nos pareció de una elegancia suprema después de las abominables galeras, sillas volantes y carricoches que nos habían zarandeado hasta en-

tonces, y realmente habría sido muy cómoda, á no ser por el calor de horno que nos calcinaba, á pesar de los abanicos siempre en movimiento y de la ligereza de los trajes. En aquella estufa ambulante sólo se oía: «¡Señor, qué calor!» ¡Me ahogo! ¡Me derrito!», y otras exclamaciones por el estilo. Pero lo tomábamos con paciencia, y sin refunfuñar mucho dejábamos correr el sudor en cascadas á lo largo de las sienes y las narices, porque esperábamos, como fin de nuestras fatigas, ver á Granada y la Alhambra.

Las cercanías de Madrid son tristes, áridas y ardorosas, aunque menos pedregosas por aquella parte que en las proximidades del Guadarrama. Las tierras se suceden de una manera uniforme, sin otra particularidad que pueblos polvorientos, sembrados en la aridez general, y que no se verían si no llamase la atención la torre cuadrada de la iglesia. Las agujas son raras en España, y la torre cuadrangular suele ser la forma ordinaria de los campanarios. En el enlace de los caminos extienden brazos siniestros las cruces sospechosas; de cuando en cuando pasan carretas de bueyes con boyeros dormidos ó aldeanos á caballo, de aspecto hosco, con la carabina en el arzón.

Hasta el real sitio de Aranjuez nada encontramos que merezca especial mención. Aranjuez es un castillo de ladrillos con ángulos de piedra, blanco y colorado, con tejados de pizarra, pabellones y veletas, que recuerdan las construcciones usadas en tiempo de Enrique IV y Luis XIII. El Tajo, atravesado por un puente colgante, conserva la frescura de una vegetación que admira á los españoles, y deja que los árboles del Norte se desarrollen vigorosamente. En Aranjuez hay fresnos, olmos, abedules y álamos blancos.

Nos enseñaron una galería construída adrede para que Godoy fuera desde su casa á Palacio.

Mientras se cambiaba el tiro, fuimos al mercado á comprar naranjas y tomar limón helado á una de las tiendas de refrescos, tan abundantes en España como las tabernas en Francia. En lugar de vino ó aguardiente, los aldeanos y verduleras del mercado toman un refresco, que les cuesta lo mismo y no les perturba el cerebro ni les embrutece. La sobriedad de la gente del pueblo le da bastante superioridad sobre la clase correspondiente de otros países que se llaman más civilizados.

El nombre de Aranjuez, que se ha formado de las dos palabras *Ara Jovis*, indica que tal residencia se alza sobre el sitio de un antiguo templo de Júpiter. No la visitamos por dentro, y no lo sentimos, porque todos los palacios se parecen, lo mismo que todos los cortesanos. La originalidad no se encuentra más que en el pueblo, que conserva el privilegio de la poesía.

Teníamos que comer y dormir en Ocaña para esperar el correo real y aprovechar su escolta yendo con él, porque íbamos á entrar en la Mancha, infestada entonces por las cuadrillas de Palillos y otra gente honrada, cuyo encuentro habría sido desagradable. Paramos en una hospedería de buena apariencia, con un patio cubierto con un magnífico toldo. Mirtos, granados y jazmines plantados en tuestos de arcilla encarnada alegraban y perfumaban el patio, que es una invención encantadora, donde se goza más frescura y espacio que en las habitaciones, donde se puede pasear y leer, solo ó acompañado. Es terreno neutral, donde se hacen conocimientos y amistades sin el fastidio de presentaciones y visitas formales. Cuando, como en Granada y Sevilla, se disfruta además del beneficio

de un surtidor ó una fuente, no se puede dar nada más delicioso, sobre todo en comarcas en que el termómetro alcanza temperaturas senegalescas.

Mientras se preparaba la comida echamos una siesta, costumbre que en España hay que tener á la fuerza, porque el calor, desde las dos hasta las cinco, es una cosa de que no puede formarse idea el parisiense. El suelo arde, los aldabones de hierro se ponen candentes, un chaparrón de fuego parece que cae del cielo, el grano revienta en la espiga, las cigarras hacen sonar los élitros con más fuerza que nunca y el poco aire que se respira parece que brota de la boca de un calorífero; ciérranse las tiendas, y todo el oro del mundo no obligaría á un comerciante á vender nada. Por las calles no andan más que los perros y los franceses, según dicho vulgar, poco grato para nosotros. Los guías, aunque les dieran puros habanos ó entradas para una corrida, cosas ambas eminentemente seductoras para un sirviente español, se negarían á enseñarnos ningún monumento. No se puede hacer más que dormir como los demás, á lo cual pronto se resigna uno, porque ¿qué hará un hombre solo despierto en una nación dormida?

A las dos de la tarde salimos con el correo real y una escolta de cuatro jinetes armados con escopetas, pistolas y sables. Eran hombres corpulentos, de rostros característicos, con enormes patillas negras, sombreros puntiagudos, fajas coloradas, calzones de terciopelo y polainas de cuero, con más facha de ladrones que de guardias, y resultaba ingeniosa precaución la de llevarlos con nosotros, por temor á tropezar con ellos. Veinte soldados, amontonados en una galera, seguían al correo real de la manera más incómoda posible. Y sin embargo, los pobres, cubiertos apenas de pe-

dazos de uniforme, con la barriga vacía y sin más bebida que el agua caliente de las calabazas, iban riendo á carcajadas y cantando todo el camino. La sobriedad y paciencia de los españoles para soportar el cansancio es cosa prodigiosa, y siguen siendo árabes en eso. No se puede extremar más el olvido de la vida material. Pero aquellos soldados, sin pan ni zapatos, llevaban una guitarra.

Toda la parte del reino de Toledo que íbamos recorriendo es de una aridez espantosa, y bien se le conoce que confina con la Mancha, patria de Don Quijote, provincia la más estéril y desolada de España.

En Tembleque compramos, para ciertas preciosas piernas de París, algunas docenas de ligas de color de cereza anaranjado ó azul celeste, adornadas con hilos de oro y plata y con letreros. Tembleque tiene la fama de las medias, como Châtelleraut en Francia para la cuchillería.

Mientras ajustábamos las ligas oímos á nuestro lado un gruñido ronco, gutural y amenazador como el de un perro enfurecido: nos volvimos bruscamente, no sin cierto temor, porque ignorábamos cómo se habla á los perros en España, y nos enteramos de que no aullaba un perro, sino un hombre. Nunca produjo la pesadilla, oprimiendo el pecho de un enfermo con delirio, monstruo más abominable. Quasimodo habría sido un apolo junto á él. Frente cuadrada, ojos hundidos que brillaban con fulgor salvaje, nariz tan aplastada que no se veían de ella más que los agujeros, mandíbula inferior dos pulgadas más saliente que la otra: tales eran las facciones de aquel espantajo, cuyo perfil trazaba una línea cóncava, como ciertos cuartos de luna.

La industria de aquel desdichado consistía en

no tener narices y en imitar á los perros, lo cual hacía divinamente.

Muy miserables son las casas de aquellos lugares, y al verlas inspiran lástima los ladrones obligados á vivir de lo que roben en un país donde no se encontraría en diez leguas á la redonda con qué cocer un huevo. El recurso de atacar á las diligencias y galeras es insuficiente, y los pobres salteadores que andan por la Mancha tendrán que contentarse muchas veces para cenar con un puñado de aquellas bellotas que tanto gustaban á Sancho Panza. Dedicarse al pillaje en aquellos poblachos me parece el más lúgubre capricho que puede pasar por la cabeza de ladrones sin trabajo.

Al entrar en la Mancha vimos á la derecha dos ó tres molinos de viento que tienen la pretensión de haber sostenido victoriosamente el choque de la lanza de Don Quijote, y que en aquellos momentos daban lentas vueltas á las aspas. La venta en que entramos para vaciar dos ó tres jarras de agua fresca, también se jacta de haber albergado al famoso héroe de Cervantes.

Llegamos á Manzanares muy entrada la noche y muertos de hambre. El correo que nos precedía, usando de su derecho de primer ocupante y de sus conocimientos en el mesón, había agotado todas las provisiones, consistentes en tres ó cuatro huevos y un pedazo de jamón. Empezamos á chillar, y declaramos que prenderíamos fuego á la casa para asar á la posadera á falta de otro alimento. Aquella energía nos valió alcanzar á las dos de la mañana una cena, para cuya preparación hubo que despertar á la mitad del pueblo, y que consistió en un cuarto de cabrito, huevos con tomate, jamón y queso de cabra, con un vinillo blanco bastante regular. Cenamos juntos en el patio á la luz de tres

ó cuatro velones semejantes á las antiguas lámparas fúnebres, cuya llama hacía oscilar el aire nocturno en claridades y sombras caprichosas que nos hacían parecer lamias y monstruos que desgarran trozos de niño desenterrado. Para que la cena tuviera todos los caracteres trágicos, una ciega se aproximó á la mesa, guiada por el rumor, y se puso á cantar coplas con música quejumbrosa y monótona, como vago encanto sibilino. Al saber que éramos extranjeros improvisó en honor nuestro estancias laudatorias, que recompensamos con algunos reales.

Antes de marcharnos fuimos á dar una vuelta por el pueblo, medio á tientas, pero más valía aquello que quedarse en el patio de la posada.

Llegamos á la plaza del Mercado, no sin haber pisado á algún durmiente al aire libre, pues en verano duermen muchos en la calle, unos encima de la capa, otros en una manta, éstos en un saco lleno de paja (los sibaritas), aquéllos sobre el seno desnudo de la madre Cibeles, con un canto por cabecera.

Los aldeanos que habían venido por la noche dormían revueltos con legumbres y hortalizas entre las patas de asnos y mulos.

Volvimos al coche, nos venció el sueño y despertamos al llegar á Valdepeñas, que debe toda su fama á las viñas. Allí paramos para almorzar, y por una inspiración celestial se me ocurrió tomarme primero mi chocolate y luego el de mi compañero, que no se había despertado, y previendo hambres futuras metí en las tazas cuantos buñuelos podían contener, de modo que formasen una especie de sopa bastante substanciosa, porque no había llegado aún á la sobriedad del camello, lo cual conseguí más tarde, después de largos ejerci-

cios de abstinencia, dignos de un anacoreta de los primeros tiempos. Aun no estaba aclimatado, y había traído de Francia un apetito inverosímil que inspiraba respetuoso asombro á los españoles.

Volvimos á partir apresuradamente porque había que seguir al correo real para aprovechar la escolta. Al asomar la cabeza para echar la última mirada á Valdepeñas dejé caer la gorra á la carretera. Un muchacho de doce ó trece años la vió, y para ganarse unos cuartos de recompensa, la recogió y echó á correr en pos de la diligencia, que estaba ya lejos, pero la alcanzó á pesar de ir descalzo y por un camino lleno de gujarros puntiagudos. Le eché un puñado de cuartos que debieron de convertirle en el más opulento granujilla de la comarca. Relato este incidente insignificante porque caracteriza la ligereza de los españoles, que son los primeros andarines del mundo.

En Santa Cruz nos quisieron vender toda clase de cuchillos y navajas; Santa Cruz y Albacete llevan la fama de esas navajas, de carácter árabe y bárbaro muy marcado, con cachas de cobre calado: algunas llevan divisas como la siguiente: *Soy de uno solo; ó Cuando esta vibora pica, no hay remedio en la botica*. A veces rayan la hoja tres estrias paralelas, cuya canal es roja, lo cual les da una apariencia formidable. Su dimensión varía entre tres pulgadas y tres pies, y las hay que abiertas son tan largas como un sable. La navaja es el arma favorita de la gente del pueblo, que la maneja con gran destreza. Ese arte tiene sus principios como la esgrima, y hay maestros de él en Andalucía, como de florete en París. Cada uno tiene sus golpes secretos, y hay adeptos (según se dice) que al ver una herida conocen qué artista la ha hecho.

Las ondulaciones del terreno empezaban á ser

más frecuentes, y no hacíamos más que subir y bajar. Nos acercábamos á Sierra Morena, límite de Andalucía, y detrás de aquella línea de montañas estaba el paraíso de nuestros sueños. Cardos de seis á siete pies de altura se erguían á los lados del camino como alabardas de soldados invisibles. Aunque no me tengo por borrico, gusto mucho de los cardos (lo mismo que las mariposas), y aquellos me llamaron la atención: es una soberbia planta, de la cual se pueden sacar hermosos motivos de ornamentación. No tiene la arquitectura gótica arabescos ni follajes mejor recortados. De cuando en cuando veíamos en los campos cercanos grandes chapas amarillas, como si se hubieran vaciado sacos de paja, pero aquella paja, al pasar nosotros cerca de ella, volaba en ruidosos torbellinos: eran nubes de langosta que descansaban.

Por allí he sentido, por primera vez en la vida, los dolores del hambre. No estaba más hambriento que yo Ugolino en la torre, y yo no tenía cuatro hijos que comerme como él. El lector, que sabe que me zampé en Valdepeñas dos tazas de chocolate, se asombrará acaso de aquel apetito prematuro, pero las jicaras españolas son como dedales y contienen dos ó tres cucharadas lo más. Aumentó mi tristeza en la venta donde dejamos la escolta, viendo una magnífica tortilla, dorada por un rayo de sol que por la chimenea bajaba, destinada á la tropa. Vueltas di alrededor de ella como un lobo, pero estaba harto bien guardada para echarle mano. Afortunadamente, una señora de Granada, que iba con nosotros en la diligencia, se apiadó de mis martirios y me dió algún pedazo de jamón y otro de pan. ¡Séale devuelto centuplicado aquel jamón en el otro mundo!

Entramos en Despeñaperros. Nada puede ima-

ginarse más pintoresco y grandioso que aquella puerta de Andalucía. El desfiladero se abre entre inmensas rocas de mármol superpuestas con cierta regularidad arquitectónica. Aquellos enormes peñascos tienen proporciones que reducen al estado microscópico á los mayores granitos egipcios. Agárranse á sus intersticios enormes encinas y alcornoques, y no parecen mayores que las matas de hierba en una pared ordinaria. Tan abrupto y escarpado es el camino, que ha habido que ponerle un pretil, pues si no, el carruaje, que va siempre al galope y es difícil de dirigir por la frecuencia de los recodos, podría dar un salto peligroso de quinientos ó seiscientos pies.

En Sierra Morena fué donde el Caballero de la Triste Figura, imitando á Amadís en la Peña Pobre, hizo aquella penitencia consistente en dar cabriolas en camisa, y donde Sancho Panza, el hombre positivo, la razón vulgar junto á la locura noble, encontró la maleta de Cardenio, tan bien provista de ducados y camisas. No se puede dar un paso en España sin tropezar con el recuerdo de Don Quijote, y es que la obra de Cervantes es profundamente nacional, y sus dos figuras principales llevan en sí todo el carácter español: la exaltación caballeresca, el espíritu aventurero unidos á un gran sentido práctico.

Salvada Sierra Morena, cambia del todo el aspecto del paisaje, como si se pasase de Europa á Africa; la vibora, metiéndose en su agujero, deja un rastro oblicuo en la arena del camino; el áloe empieza á blandir el sable espinoso al borde de la zanja. Entonces comprende el viajero que de veras ha dejado á París; la diferencia de clima, traje y arquitectura, no extraña tanto como la presencia de los vegetales de las regiones tórridas, que no se

han visto más que en invernaderos. Laureles, encinas verdes, alcornoques, higueras de follaje barnizado y metálico tienen una apariencia libre, robusta, silvestre, que indica un clima en el cual la Naturaleza es más poderosa que el hombre y puede prescindir de él.

Delante de nosotros se desenvolvía, como en inmenso panorama, el hermoso reino de Andalucía, con la grandeza del mar. Cordilleras de montañas, niveladas por la lejanía, ondulaban con infinita suavidad como olas azules. De trecho en trecho, vivos rayos de sol doraban algún picacho más cercano, llenándolo de cambiantes. Todo aquello lo inundaba un sol resplandeciente, como debió de ser el que alumbró el paraíso terrenal. La luz caía á chorros en aquel océano de montañas como oro ó plata líquidos, dando á cada obstáculo como un destello de espuma fosforescente.

Mirando aquel cuadro maravilloso que variaba y presentaba nuevas magnificencias á cada vuelta de las ruedas, vimos aparecer en el horizonte los techos agudos de la Carolina, especie de falansterio agrícola, fundado por el conde de Floridablanca y poblado por él de alemanes y suizos traídos á costa de muchos gastos. Ese pueblo, construido de una vez, tiene la aburrida regularidad que falta á aquellos crecidos poco á poco al capricho del acaso y del tiempo. Todo está á cordel; desde la mitad de la plaza se ve todo el pueblo. Ahí está el mercado; allí la plaza de toros; allá la iglesia; acullá el ayuntamiento. Ello estará muy bien, pero prefiero el peor poblacho edificado á lo que salga. En la Carolina hicimos una buena comida, rociada con vino excelente, sin necesidad de darnos prisa, puesto que ya no había que ir con el correo, á causa de lo seguro del camino en adelante.

A las cuatro llegamos á Bailén, célebre por la desastrosa capitulación que lleva su nombre. Teníamos que pasar allí la noche, y mientras aguardábamos la cena dimos un paseo con la señora de Granada y una joven muy bonita que iba á tomar baños de mar en Málaga acompañada de sus padres.

La iglesia de Bailén, cuya construcción no es anterior al siglo XIV, me sorprendió por su extraño color. La piedra y el mármol, en lugar de ennegrecerse con el tiempo, como en nuestro clima húmedo, toman tonos rojos de un color y vigor extraordinarios, que llegan á azafranados y purpúreos, como las hojas de la parra al fin del otoño. Al lado de la iglesia, encima de una pared, se erguía bruscamente, perfilándose en el cielo azul, una palmera, la primera que vi al aire libre. Aquella palmera inesperada, revelación súbita del Oriente, me produjo un efecto muy raro. Esperaba ver resaltar entre las claridades del ocaso el contorno de un camello ó flotar el albornoz blanco de un árabe.

Entre las pintorescas ruinas de una fortificación antigua había una torre bastante bien conservada para poder subir agarrándose con pies y manos á las piedras salientes. Una magnífica vista premió nuestro trabajo. La ciudad de Bailén con sus tejados, su iglesia colorada y sus casas blancas acurrucadas al pie de la torre como un rebaño de cabras, formaba admirable primer término; más allá verdeaban con olas de oro los campos de trigo, y en lontananza, encima de varias filas de montañas, brillaba con argentinos reflejos la cresta de Sierra Nevada. La nieve, sorprendida por la luz, refulgía y despedía destellos prismáticos, y el sol, semejante á enorme rueda de oro, cuyo cubo era el disco, bañaba con rayos inflamados el cielo matizado con todos los tintes del ágata y la venturina.

Salimos muy de mañanita para librarnos del calor, y pronto se nos opuso el Guadalquivir, de turbias y amarillentas aguas; lo pasamos en barca y tomamos el camino de Jaén, ciudad á la cual llegamos pronto.

Una enorme montaña de color de ocre, dorada por el sol, se eleva bruscamente en medio de la población. Torres macizas y antiguas fortalezas rayan sus laderas con líneas quebradas y pintorescas. La catedral, inmensa obra arquitectónica que desde lejos parece más grande que la misma ciudad, se yergue altiva, como una montaña artificial junto á la otra. Esta catedral, cuya arquitectura es del Renacimiento, y que alardea de poseer la cara de Dios en el lienzo auténtico de la Verónica, fué edificada por los duques de Medinaceli. Hermosa es, sin duda, pero la había yo soñado más antigua y más curiosa.

Yendo de la posada á la catedral lei los carteles del teatro; la vispera habíase representado *Mélope*, y aquella noche daban *El campanero de San Pablo*, de mi colega Bouchardy. Si en otro tiempo hemos tomado los franceses algunas obras maestras del teatro español, bien hacen hoy con nosotros los españoles algo parecido.

Visitada la catedral, volvimos con los otros viajeros al parador, cuya apariencia nos prometía una comida excelente. Pero alguien se enteró, al ponernos á la mesa, de que el pan era más duro que las piedras, y pidió otro. El huésped se empeñó en no cambiarlo, y durante la contienda otro viajero notó que los platos estaban recalentados y debían de haber sido servidos en remotos tiempos. Todo el mundo empezó á chillar en demanda de una comida completamente inédita.

El caso era sencillísimo: la diligencia que nos

precedía había sido detenida por los bandidos de la Mancha, de modo que los viajeros, llevados al monte, no habían podido comerse los manjares para ellos preparados por el hostelero de Jaén, el cual, para no perder lo gastado, conservó la comida y nos la sirvió otra vez, sin que de nada le valiera, porque todos nos levantamos y nos fuimos á comer á otra parte. La malaventurada comida debió ser servida por tercera vez á otros viajeros.

En otra posada, después de hacernos esperar bastante, nos dieron algunas chuletas, unos huevos y ensalada en platos desportillados, vasos y cubiertos descabalados. No eran muy selectos los manjares, pero las carcajadas y las bromas acerca del cómico furor del mesonero cuando nos vió salir en procesión y sobre la suerte de los desdichados á quienes presentaría otra vez los pollos tísicos, calentados por tercera vez, nos compensaron con creces de lo frugal del festín.

En Jaén es donde vi más trajes nacionales y pintorescos. Los hombres suelen llevar calzones de terciopelo azul con botones de plata, y polainas de Ronda con agujetas y arabescos; la elegancia suprema consiste en abrochar nada más que los primeros y los últimos botones. Anchas fajas de seda roja y amarilla, chaqueta de paño con alamares, capa azul ó castaña, sombrero puntiagudo de anchas alas con madroños de seda completan la vestimenta, algo semejante á la de los antiguos bandidos italianos. Algunas mujeres del pueblo tenían pañuelos rojos que resaltaban como chispas ó lentejuelas en el fondo obscuro del gentío. El traje extraño, el cutis atezado, los ojos centelleantes, la energía de las fisonomías, la actitud impasible y tranquila de los majos, más numerosos que en cualquiera otra parte, dan á la población de

Jaén aspecto más africano que europeo, ilusión que acrecienta el ardor del clima, la blancura deslumbradora de las casas, el tono leonado de las tierras y el azul inalterable del cielo.

Al salir de Jaén se entra en un valle, el cual se prolonga hasta la vega de Granada. Su entrada es árida y las montañas descarnadas quemadas, como espejos ustorios, con su reverberación blanquizca. Pero pronto se estrecha el valle, empiezan á correr los manantiales, renace la vegetación y reaparecen la sombra y la frescura. El río ocupa el fondo del valle, donde corre rápidamente entre piedras y rocas que intentan pararle el paso á cada momento. El camino sigue las sinuosidades del río, porque en los países montañosos los torrentes son los ingenieros más hábiles en trazar caminos.

Una casa donde nos paramos á beber estaba rodeada de dos ó tres arroyuelos que iban á repararse en un bosquecillo de mirtos, alfónsigos y granados de extraordinaria fuerza de vegetación. Tanto tiempo hacía que no habíamos visto verdadero verdor, que aquel jardín, casi totalmente inculto, nos paróció un verdadero paraíso terrenal.

En cierto sitio la cañada se estrecha más y las rocas se juntan hasta el punto de no dejar sitio más que para el río. En otros tiempos los coches tenían que entrar en el mismo cauce del torrente, lo cual no dejaba de ser peligroso á causa de las hondonadas, las piedras y la elevación del agua, que en invierno aumenta considerablemente. Para salvar ese inconveniente se ha perforado una roca y se ha abierto un túnel bastante largo.

Luego se ensancha el valle y el camino ya no está obstruído. Abrumado por el calor, que el tiempo tormentoso hacía verdaderamente sofocante, acabé por dormirme. Cuando me desperté era com-